

## Vísperas

*“A veces estamos demasiado dispuestos a creer que el presente es el único estado posible de las cosas”*

Marcel Proust

Nunca me gustó celebrar mi cumpleaños antes de ese preciso día pero cumplidos los 27 no nos queda otra que sobrevivir y empiezo a soltarme ciertos remilgos. Si hemos superado la edad a las que nos dejaron Janis Joplin, Jimi Hendrix, Jim Morrison y hasta Amy Winehouse ya no merece la pena morir tan joven. Viéndole asomar las orejas a los 40, como todos los años, me da por reflexionar después de la resaca cumpleañosera. Resaca literal y literaria. Noche de cervezas, vinos, marihuana, jazz, rock, sexo y, o lo que es lo mismo, poesía. Me he despertado trasnochada, con la lengua de trapo y el cuerpo destemplado. Con más lagunas mentales que de costumbre, he vuelto a sorprenderme al ver mi rostro reflejado en el espejo. ¿Cuándo apareció ese lunar? ¿Y esas ojeras? ¿En qué momento preciso se me coló la nostalgia en la mirada? Aún no han inventado cremas para eso pero sólo hay que darle tiempo. Y entonces tendremos que añadir otro remedio a nuestro armarito del baño, no sea que además de hacernos mayores se nos vaya a notar que además estamos tristes porque no cumplimos con las expectativas que nuestros progenitores tan amorosamente pusieron en nosotras, sus niñas. O que estamos cansadas de ir a trabajar para luego volver a un hogar que se ha convertido en otro centro de operaciones abierto 24 horas. Que hace décadas

que no entramos en una 38 y que vestarnos se convirtió en toda una odisea. Que nos hartamos del arroz pasado, las pastillas para dormir y el café para despertar. Que hace tiempo que sabes que no eres perfecta, que no puedes ser perfecta, que no quieres serlo. No se nos vaya a notar que no soportamos la presión.

Mientras hierbe el agua para el té y se me queman las tostadas, hago recuento de las derrotas y las victorias, las primeras bastante más numerosas que las segundas, y planeo sobre el camino trazado. Si estoy en el lugar adecuado, si es el momento adecuado, si tome la decisión adecuada. Adecuado, adecuada,... como si los amores, los anhelos, las sombras y los reflejos pudieran ceñirse a un concepto tan estático y prieto. Como si la vida pudiera vestarnos la piel con un corsé dejando de lado aquello que nos crece dentro.

Porque a mí dentro me crecen bosques, de eucalipto, de pino. Me pueblan tierras yermas, arrozales y campos de trigo en mayo. Me nacen mares, océanos y me alumbran faros de roca y hierro. Tengo 100 años y aún no he nacido. Vuelo y caigo sin llegar a tocar nunca el suelo. Tengo 3 hijos y he decidido no ser madre. Y todo eso no es adecuado ni inadecuado, lo contradice en esencia.

Me he sentado a desayunar desnuda en la terraza. Estamos rozando los 27 grados por la noche y los 35 durante el día. Es imposible dormir, moverse o respirar sin sudar a mares. Después de 5 minutos estoy casi fundida con la silla así que decido ponerme algo.

El té caliente no ayuda nada pero sigo siendo incapaz de tomarme las infusiones frías. Lo mismo me pasa con la comida caliente, o me achicharro la lengua o es una ensalada, no me gusta la comida templada.

Pandora ha salido a desperezarse al sol como todas las mañanas. Las patas, el lomo y la cola bien estirados. Le paso la mano de cabo a rabo y ronronea al contacto. Llevamos tantos años juntas que se nos ha acomodado hasta el sueño. Más a mí que a ella. Si ha sido imposible dormir de noche intentarlo durante el día puede ser todo un infierno.

Me enciendo un cigarro y empiezo a pensar en si realmente quiero saber la respuesta. Si de verdad quiero oírme decir que me equivoqué. Sí, la cagué. Y estas son las consecuencias. O si en realidad era lo mejor que podía hacer y no hubiera habido elección más correcta. Si no sería yo otra mujer de haber decidido hacerlo diferente. Quizás libre de culpa o quizás igualmente cargada de dudas. Si entraría mejor en el molde, si cabría entre los márgenes. Si quiero entrar y caber en algo o si me voy ahora y con lo puesto.

La cercanía de los treintaitodos no me ha hecho llegar a una conclusión concreta, nunca llega, no lo he conseguido a lo largo de estos años. Sopeso las diferentes opciones y no hay ninguna que me convenza. Debe de ser por la balanza que se descompensa al cambiar de plato el peso. Y se tambalea arriba y abajo hasta conseguir equilibrarse de nuevo. Quizás sea el miedo a colocar cada peso en su plato concreto y que la aguje delire al no quedarse en el centro. Y del delirio nos encontremos con nosotros mismos, de frente. Y perdernos se convierta en algo necesario, jodidamente necesario de nuevo.

Arume